

La reconstitución clásica del saber

Copérmico • Galileo • Descartes

Iván Darío Arango

Rastrea las complejas relaciones de la ciencia con la filosofía y aun con la teología; es decir, con la cultura de la época.

Se trata de un estudio que esclarece el papel rector de las concepciones filosóficas en los planteos y hallazgos de la investigación científica. Es especialmente interesante la indagación en el proceso del pensamiento cartesiano, culminación de una reconstitución tanto del objeto natural como del sujeto cognoscente, que muestra la necesidad de la estructuración de la teoría del conocimiento correspondiente a la nueva ciencia, de la que a la vez es raíz.

El trabajo se centra en los tanteos y perplejidades, en las dudas y errores más que en las verdades hechas.

Contradice así los presupuestos dogmáticos de una epistemología positiva, todavía vigente entre nosotros, e implícita en la sobrevaloración de la ciencia y de la técnica.

Evita, por otro lado, el rechazo irracional de la ciencia, a la que sitúa en el lugar que debe ocupar, mediante una respetuosa advertencia de su naturaleza y sus momentos creadores.

Teoría de la argumentación

Alfonso Monsalve

La argumentación es el conjunto de técnicas destinadas a persuadir y convencer.

Se argumenta para tomar decisiones razonables y razonadas. La razón argumentativa es, entonces, el canon de los universos en los que hay que optar entre distintos cursos de acción. Desde el punto de vista filosófico, la argumentación es la reivindicación de la razón práctica como aspecto fundamental de la racionalidad. La ética, la política, el derecho, la discusión científica y las actividades cotidianas presuponen la elección argumentada y la búsqueda de acuerdos a través de la confrontación de tesis.

Este libro presenta, crítica y desarrolla las tesis de Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca sobre esta disciplina. Su pensamiento, basado en Aristóteles, redescubre y redimensiona el valor de la retórica, arte de la discusión, considerados formas universales de la racionalidad. En palabras de Perelman: el imperio de la racionalidad deductiva cede su espacio al imperio retórico.



Editorial Universidad de Antioquia

Ciudad Universitaria, bloque 22, oficina 203 • Teléfono: (574)210-50 10 • Telefax: (574)263 82 82 • Apartado 1226 • Medellín - Colombia

DEFENSA DE QUINTO LIGARIO

Por: Marco Tulio Cicerón

Traductor: Pbro. Rafael Henao R.

Introducción del traductor al lector

Tiene usted en sus manos la traducción del que, para muchos, es el mejor discurso de Cicerón. Las circunstancias eran bien difíciles. Encendida la guerra entre César y Pompeyo, la nobleza romana en pleno apoyó a este avezado general empeñado en lid armada con uno novel.

Todos querían hacer méritos ante el que creían seguro triunfador. Los Tiberones –padre e hijo– pidieron ser nombrados procónsules de África para apoyarlo con ejércitos reclutados allá y obtuvieron del Senado el nombramiento, pero al llegar a su provincia, Ligario –que estaba de lugarteniente–, se les había adelantado y, unido a un rey vecino, tenía ya el ejército y no les entregó el mando.

Pero sucedió lo inesperado: César, ayudado por las provincias adyacentes a Roma en las que militaban dos hermanos de Ligario, obtuvo una completa victoria, pasada la cual ofreció amnistía total a los seguidores de Pompeyo, quien había muerto en combate. Ganada la confianza de César, los Tiberones acusaron a Quinto Ligario de rebelión contra una orden del Senado, por no haberles entregado el gobierno de África. El mismo Ligario, consciente de su situación, se había abstenido de volver a Roma. Los hermanos de Ligario buscaron como abogado a Marco Tulio Cicerón.

La situación ante la cual Cicerón debía sustentar su defensa era la siguiente: Cicerón, enemigo de César, defiende ante César a Quinto Ligario, enemigo de César, acusado por los Tiberones, enemigos de César, de ser enemigo de César y de levantar tropas contra César desautorizando un decreto del Senado.

Cicerón, haciendo gala de su extraordinaria habilidad oratoria, maneja el asunto de tal suerte que en un momento determinado defiende incluso a los mismos acusadores.

Texto del discurso

Cayo César, mi amigo Quinto Tiberón trajo ante tu tribunal un crimen nuevo, hasta hoy inaudito: “que Quinto Ligario estuvo en África” y Cayo Pansa, hombre inteligentísimo, apoyado quizá en la mutua amistad que tiene contigo, tuvo el desparpajo de apoyar esa acusación. No sé qué camino coger. Como era imposible que tú lo supieras, ni por

conocimiento personal ni siquiera de oídas, venía yo preparado a abusar de tu ignorancia para salvar a este pobre hombre. Pero ya que la astucia del enemigo puso en claro lo que estaba tan oculto, mi opinión es que hay que confesarlo, sobre todo, porque mi íntimo Cayo Pansa hizo que eso fuera mal visto.

Omitida toda controversia, mis palabras deben acudir a tu clemencia que ha conservado la vida a muchos cada vez que te han pedido, no sólo que no les castigues sino que les otorgues un amplio perdón.

Tuberón, ya tienes lo que más ambiciona un fiscal: un reo confeso, pero confeso de que estuvo en los mismos líos en que estuviste tú, Tuberón, y en los que estuvo ese gran hombre que es tu mismo padre. Por lo tanto, es menester confesar vuestro delito antes de tachar de culpa alguna a Ligario.

Veamos: Cayo Ligario marchó a África como lugarteniente con el procónsul Considio cuando no había la mínima sospecha de conflicto; en esa legación se portó a tal altura, que al retirarse Considio hubiera sido completamente imposible darle gusto a la gente, nombrando a otro distinto de Ligario al frente de ese mando.

Por mucho tiempo Ligario rechazó en vano el ofrecimiento pero, al fin, se vio obligado a aceptar esa provincia a la que gobernó en tiempos de paz de tal manera que fue muy bien mirado por todo el mundo por sus buenas maneras y su prudencia.

La guerra se prendió tan de repente que en África se supo de sus acciones primero que de sus antecedentes. Cuando se habló de guerra, todos buscaron un jefe: unos por ambición desmedida, otros por el miedo, que es ciego; primero que todo por el bien del Estado pero también por sus propios intereses. Como Ligario ambicionaba regresar a su hogar a reunirse con los suyos, no quería entrar en ese barullo. En ese momento Varo llega a Utica. Había conseguido que lo nombraran pretor para África. Acudieron a él y él, con no poca avidez, asumió el mando, si es que puede llamarse mando el que se ejerce buscando el interés personal; atendiendo a los lacayos y descuidando totalmente el bien común. Con la llegada de Varo descansó algo Ligario, quien no quería verse envuelto en ese asunto. César, hasta el momento Ligario no tiene ninguna culpa: salió de casa cuando no había ni sospecha de guerra; llega como lugarteniente en tiempo de paz. Esa ida suya no tiene por qué ofenderte. ¿Te ofenderá la permanencia? mucho menos. Si la ida tuvo una causa buena, la permanencia era necesaria y digna. En esos dos tiempos no hay ningún crimen: ni cuando se fue como lugarteniente ni cuando tuvo el mando a petición de toda la provincia de África.

Queda un tercer momento después de la llegada de Varo a África. Si en él hay fallas, las impusieron las circunstancias, no la voluntad. Si hubiera podido salir, ¿habría

preferido estar en Utica o en Roma? ¿Con Varo o con sus hermanos queridos? ¿Con extraños o con los suyos? Si la legación estuvo llena de inquietud por el gran amor a sus hermanos, ¿podría estar tranquilo separado de ellos por las preocupaciones de una guerra?

César, no tienes, por tanto, ningún indicio de antipatía de Ligario hacia ti. Te pido que notes con cuanta confianza asumo su causa porque voy a exponer la mía. ¡Oh clemencia admirable, digna de ser pregonada con alabanza, oratoria, escritos y monumentos! Cicerón sostiene ante ti que otro no tuvo la culpa que tuvo él; no teme tus íntimos pensamientos, no le da miedo; observa el rayo de sabiduría y de libertad que me alumbra cuando hablo ante ti. Voy a levantar la voz cuanto pueda para que lo escuche todo el pueblo de Roma.

César, iniciada la guerra, avanzada ya en gran parte, sin ninguna coacción, por mi propio gusto y voluntad, me alisté en el ejército contrario al tuyo. ¿Ante quién estoy hablando? Ante quien, conocedor de todo, me devolvió a la patria antes de encontrarse conmigo; ante quien me escribió desde Egipto para pedirme que le echáramos tierra a lo pasado; ante quien, dueño de todo el imperio romano, quiso que yo fuera su segundo; ante quien me ofreció a través del mismo Pansa todos los honores que quise tener; ante quien, finalmente, pensó que sólo me rescataba dignamente si no me quitaba ninguna presea. Mira, Tuberón, si voy a tener temor al hablarle de Ligario, yo que no tengo traba para hablar de mis hechos.

Y yo hablé de mí para que Tuberón me excuse ahora lo que voy a decir de él. Estimulo sus iniciativas y sus triunfos ya por la cercanía del parentesco, ya porque admiro su inteligencia y sus aficiones, ya porque creo que algo me toca de los triunfos de este joven pariente. Pero yo pregunto: ¿quién es el que acusa de criminal la estadía de Ligario en África? Uno que pretendió estar en África, uno que se está quejando de que Ligario se lo impidió, uno que sí acudió a las armas contra el mismo César. Tuberón, el filo de tu espada ¿qué hacía en la batalla de Farsalia? ¿Qué corazón buscaba tu puñal? ¿Cuál era el objetivo de tus armas? ¿Qué buscaban tus ojos? ¿Qué tu rabia? ¿Qué deseabas? ¿Qué ambicionabas?... Me estoy pasando de la raya. El joven está conmovido. Vuelvo a lo mío. Fui compañero de armas. Tuberón, ¿qué otra cosa hicimos sino el que pudiéramos tener nosotros el poder que éste tiene? César, ¿te incitarán a la crueldad las palabras de aquellos mismos que te alaban porque los dejó impunes tu clemencia? Tuberón, estoy echando de menos tu prudencia en este asunto pero mucho más la de tu padre: ¿que un hombre de su talento y ciencia no haya captado esta clase de causa! ¿porque si la hubiera captado, hubiera preferido que hicieras cualquier otra cosa! Estás acusando a un reo confeso. Es poco. Estás acusando a uno que está, según creo yo, en mejores condiciones que las tuyas; según tú, en las mismas. Esto sería aterrador; lo que voy a decir raya en lo monstruoso. El objetivo de esta acusación no es la cárcel para Ligario, sino la muerte. Ningún ciudadano en Roma ha hecho esto antes de ti. Son costumbres extrañas. Incitar hasta la muerte suele hacerlo la liviandad griega o la crueldad de los bárbaros. Porque, ¿qué otra cosa quieres? ¿Qué esté fuera de Roma? ¿Qué esté lejos de la casa? ¿Qué no viva con sus hermanos, ni con su tío

Broco, aquí presente, ni con el hijo de éste, su primo? ¿Qué no esté en su patria?... ¿Y es que lo está? ¿Puede carecer de más ante todo esto? Italia le está vedada. Es un exiliado. Tú no quieres que se le prive de la patria sino de la vida.

Nadie actuó así ni ante aquel dictador que le daba la muerte a quienes odiaba, que mandaba matar sin pedírselo, que aun estimulaba con premios. Esa crueldad la vengé años después el mismo a quien estás invitando a la crueldad. Dirás: yo no estoy pidiendo eso. En verdad, Tuberón, yo te creo. Te conozco, conozco a tu padre, conozco tu casa y tu abolengo, me son conocidas las aficiones de tu familia y de tu raza por la virtud, la honestidad, la ciencia, las artes; muchas y muy buenas. Estoy seguro que no estais pidiendo su cabeza pero os fijais muy poco. Vuestra intención es que no os cobije la pena que pesa sobre Ligario. ¿Cuál es esa pena? No es el destierro porque está en él. ¿Qué más pedís? ¿Qué no le perdonen? Esto es más duro y más grave. ¿Estás luchando porque no consigamos lo que pedimos en la casa postrados y llorando, sin confiar en nosotros pero sí en la bondad de él? ¿Irrumpirás en nuestro lloro? ¿Nos prohibirás que nos postremos y lloremos y supliquemos?

Si cuando nosotros hacíamos esto en casa – porque lo hicimos y espero que no en vano– te hubieras metido y empezado a gritar: “cuidado César, no lo creas, no le perdones, no te apiades de unos hermanos que te ruegan por su hermano”. ¿No te habrías despojado de todo sentimiento noble?... ¿Cuánto más duro no es que ataques en el tribunal lo que hicimos en la casa? ¿Que de modo tan miserable quites a muchos la esperanza de clemencia? César, voy a decir sin ambages lo que pienso: si en este tan grande éxito tuyo, no fuera tanta tu bondad cuanto tú, por ti mismo, ostentas (yo sé lo que estoy diciendo), esta victoria se colmaría de un luto muy amargo. Si se encuentra entre los vencidos quienes te quieran cruel, ¿qué pensarán los vencedores? ¿Cuántos, queriendo que no le perdonaras a nadie, impedirían tu clemencia, si los perdonados quieren que no ejerzas con otros la misericordia? Porque si le pudiéramos probar a César que Ligario no estuvo en África; si con una mentira piadosa veláramos por el bien de un pobre ciudadano, no sería humano que alguien rechazara y refutara nuestra mentira ante tamaño peligro, pero si lo hubiese, con seguridad no sería uno que estuviera en las mismas condiciones. Sin embargo, una cosa es no querer que se engañe a César y otra no querer que él se apiade. Dirás tú: “cuidado, César, no le creas, Ligario sí estuvo en África; tomó las armas contra ti...” Pero, ¿qué estás diciendo? “No le perdones”. ¿Es ésta, frase de un hombre para otro? César, quien la usara ante ti renunciaría a los buenos sentimientos pero no torcería los tuyos. Yo opino que el primer intento de Tuberón fue hablar de un crimen de Ligario. Comprendo tu admiración porque nadie le había dado ese nombre, porque lo hacía el que había estado en la misma causa o porque había encontrado algo malo. Tuberón, ¿tú lo llamas crimen? ¿Por qué? Esta causa nunca se ha llamado así. Unos la han llamado “error”; otros “miedo”; otros con más dureza, “esperanza, ambición, odio, pertinacia”; los que con más dureza, “temeridad”... “Crimen”, fuera de ti, nadie. Si a mí me preguntan por el nombre propio y verdadero de nuestro mal, me parece que se nos vino encima una calamidad fatal y se adueñó de las mentes desprevenidas de los hombres; pues a nadie debe admirar que los decretos divinos superen

los proyectos humanos. Hay la posibilidad de ser desgraciados, pero con este vencedor no podemos serlo. No voy a hablar de nosotros, hablo de los que cayeron. Llámeseles ambiciosos, arrojados, pertinaces; pero dejemos libres a Cneo Pompeyo, ya muerto, y a otros muchos, del crimen de maldad, sedición o parricidio. César, ¿alguien te oyó eso a ti? ¿Qué quisieron tus armas sino rechazar un agravio? ¿Qué hizo tu invicto ejército sino salvaguardar tu derecho y tu dignidad? ¿o qué?.. Tú, amante de la paz ¿te medías con bandoleros o con buenos ciudadanos? Tus grandes méritos conmigo no lo serían si me hubieras conservado como malhechor. ¿Serías tú benefactor de la República, si hubieras conservado en su dignidad a tantos criminales? César, al principio la juzgaste desavenencia, no guerra; no odio de enemigos sino disidencia de ciudadanos.

Ambas partes deseaban el bien para la República; ambos estaban lejos del bien común, en parte por intrigas, en parte por ambiciones. La dignidad de los jefes era casi igual, tal vez no era igual la de los seguidores; la causa entonces era dudosa porque cada parte tenía cosas dignas de aprobación; ahora se debe juzgar mejor la que recibió la ayuda aun de los dioses. Conocida tu clemencia ¿habrá quién no apruebe una victoria en la que nadie cayó fuera de combate?

Dejada la causa común, vengamos a lo nuestro. Tuberón, ¿qué era más fácil: salir Ligario de África o quedaros vosotros en la casa? Dirás: ¿podríamos hacerlo contra la orden del Senado? Si me lo preguntas, no. Pero el mismo Senado había nombrado a Ligario. Y él obedeció cuando era necesario obedecerle al Senado; vosotros, cuando sólo obedeció el que quiso. ¿Os estoy reprendiendo? De ningún modo. Lo otro desdiría de vuestro linaje, familia, raza, disciplina. Lo que no apruebo es que tacheis en los demás lo mismo de que os gloriais vosotros. El Senado eligió a Tuberón en ausencia de éste; estaba enfermo y quería excusarse. Yo lo sé por nuestras mutuas relaciones con Lucio Tuberón: compañeros de escuela, compañeros en la milicia, afinidad, compañeros de toda la vida, iguales en las ambiciones. Por eso sé que Tuberón quería quedarse en casa. Pero unos urgían, otros ponían por medio el santísimo nombre de la República a tal punto, que aunque se pensara de otra manera, era imposible soportar el peso de sus palabras. Cedió ante la autoridad de un gran varón, mejor dicho, obedeció. Arrancó con aquellos con quienes hacía causa común. Viajó tardíamente. Cuando llegó a África, ya estaba ocupado. ¿Hay en esto crimen de Ligario o rabia de vosotros? Porque si es crimen de alguien impedir lo que habíais querido, el haber querido obtener vosotros a África, la abanderada de todas las provincias, nacida para hacerle guerra a esta ciudad, ¿no es menos grande que el que otro haya preferido ser él el gobernador? Y, sin embargo, ese otro no fue Ligario. Varo decía que él tenía el mando. En verdad, él tenía las insignias. Pero, sea lo que sea, Tuberón, ¿qué valor tiene nuestra queja? –“No fuimos recibidos en la provincia” –. Y si lo hubiéramos sido, ¿qué? Se lo hubierais entregado a César o lo hubierais retenido en su contra: César, mira las licencias que nos tomamos por tu generosidad o, mejor dicho, el atrevimiento.

Si Tuberón respondiera que su padre te iba a entregar África, a donde lo habían enviado la suerte y el Senado, no dudo yo que lo reprenderías en su misma cara acerbamente, tú, en cuyo provecho hubiera resultado todo esto. Una cosa es que algo le agrade a uno y otra que le merezca la aprobación. Pero, omitamos eso, no para no ofender tu gran paciencia sino para que nadie se imagine que Tuberón habría hecho lo que nunca pensó. Llegabais África, la provincia más opuesta a esta victoria, en la que había como rey potentísimo un enemigo de esta causa, odio, ejércitos grandes y decididos. Yo pregunto ¿qué hubierais hecho? Pero, no dudo lo que hubierais hecho porque veo lo que hicisteis. Os impidieron poner el pie en la provincia y esto, como lo manifestais, con la mayor ofensa. ¿Cuál fue vuestra reacción? ¿Ante quién pusisteis la queja por esa ofensa? Claro que ante aquel bajo cuya autoridad os habíais alistado en la campaña de la guerra. Porque si hubierais llegado a esa provincia siguiendo la causa de César, excluidos de ella, con seguridad hubierais acudido a César. Acudisteis a Pompeyo. ¿Qué sentido tiene quejaros ahora ante César de que os hayan impedido hacerle la guerra a él? Yo no tengo inconveniente, si quereis gloriaros de que le hubierais entregado la provincia a César, diciendo mentiras, si no lo hubieran impedido Varo y algunos más. En ese caso, confieso que Ligario tiene la culpa de haberos quitado la ocasión de tamaña gloria. César, te pido que observes la constancia de ese hombre tan preclaro, Lucio Tuberón; yo, aunque no aprobara como lo apruebo, no lo traería a colación si no supiera que tú alabas frecuentemente esa virtud. ¿Tuvo otro hombre tanta constancia? Constancia no, más bien paciencia. ¿Cuál es el hombre que en una contienda civil, si no lo reciben en un partido, aún más, lo rechazan con crueldad, vuelve a las mismas toldas? Muestra grandeza de ánimo no común quien abrazada una causa y tomada una decisión, no lo aparta ningún agravio, ninguna fuerza, ningún peligro. Si todo fuera igual —lo que no es verdad— entre Tuberón y Varo: nobleza, buen nombre, ingenio, en una cosa lo aventajaría Tuberón: en que, venido legalmente a su provincia por mandato del Senado, impedido de llegar allá, no se fue a César para no parecer enojado; ni a su casa para no quedarse con los brazos cruzados; ni a otra parte para que no se creyese que rechazaba la causa que había abrazado; se fue a Macedonia al campamento de Pompeyo, a la misma causa que lo había injuriado rechazándolo. Y ¿qué? Ya que este rasgo no conmovió al que buscabais, decayó, creo, el interés por la causa ¿estabais en el campamento sólo de presencia o, como sucede en las guerras civiles —y vuestro caso no es distinto—, todos anhelabais ganar? Siempre impulsé la paz pero en este caso, tarde. Sería cosa de locos pensar en la paz en el campo de batalla. Continúo: todos queríamos vencer; más tú que estabas en la disyuntiva: o vencer o perecer. Aunque como están las cosas, estoy seguro de que prefieres este bienestar a esa victoria. Tuberón, yo no estaría diciendo esto si estuvierais arrepentidos, vosotros de vuestra constancia o César de su magnanimidad. Ahora pregunto: ¿De qué os quejáis?

¿De las injurias a la República o a vosotros? Si de la República, ¿qué vais a responder de vuestra actitud en esta causa? Si de las vuestras, no os equivoqueis pensando que César, que perdonó a sus enemigos, se va a enfadar con los vuestros. Por lo tanto, ¿crees, César, que me preocupa la causa de Ligario? ¿O hablar de sus hechos? Cuanto dije quiero reducirlo a un resumen: tu bondad, tu clemencia, tu misericordia.

César, he llevado muchas causas, aun contigo, cuando te preocupaban los honores del foro; nunca he hablado así: perdonad jueces, se equivocó, fue un desliz, no lo pensó, “nunca más”; así se le habla a los papás; pero a los jueces: “no lo hizo, ni lo pensó, los testigos son falsos, es un crimen inventado”. Dime César, que en el caso de Ligario vas a ser juez, pregunta en qué guarniciones estuvo. Yo guardaré silencio. Ni siquiera expondría lo que tal vez sirviera ante un juez: se fue antes de la guerra como lugarteniente, lo dejaron cuando aún estaba en paz, lo sorprendió la guerra en la que no fue encarnizado y por lo tanto, todo tuyo en cuanto a aficiones y voluntad. Así se habla ante el juez. Yo estoy hablando a un papá: “cometí un error, obré con temeridad, me pesa, acudo a tu clemencia, pido perdón del delito, imploro que me perdones”. Si nadie lo hubiera obtenido, sería arrogancia; si muchísimos, dame valor tú mismo que me diste esperanzas. ¿Cómo no va a tener esperanza la causa de Ligario, si a mí me estás dando la ocasión de rogarte por otro? La esperanza de esta causa tampoco está puesta en el orador ni en los grandes servicios que te han prestado los que hoy te piden por Ligario. He visto y conocido qué es lo que más atiendes cuando muchos trabajan por el bien de alguien; atiendes más a las causas de los que te ruegan que a sus súplicas; te preocupa menos lo útil que te es el que te pide que lo útil que es a otro aquel por quien se pide. Es tanto lo que das a los tuyos que a veces me parecen más felices los beneficiados que el benefactor que tanto otorga. Como lo dije, veo que ante ti vale más la causa que los ruegos y que lo que más te conmueve es el dolor de quien te pide. Al conservarnos a Ligario harás cosa grata a los tuyos: puedo poner ante tus ojos a los sabinos tan tus amigos y a todo el campo sabino, la flor de Italia, la fuerza de la República. Tú conoces muy bien a los hombres; observa su tristeza y su dolor; estás viendo el dolor y la palidez de Broco y de su hijo; yo sé lo que lo estimas. ¿Qué podré decir de sus hermanos? No creas, César, que se trata de una vida. O retienes a los tres en la ciudad o los pierdes a los tres. Si uno está en el exilio, a los demás les es más grato el destierro que la patria, que la casa, que los dioses hogareños, puesto que están acongojados por el dolor fraternal y amorosamente. Que te conmuevan sus lágrimas, su amor, su hermandad. Que se vea el valor de aquella tu frase triunfante: con frecuencia te hemos oído decir que nosotros a todos los que están de nuestro lado los tenemos por enemigos en tanto que tú tienes por tuyos a todos los que no están en contra tuya. Estás mirando esta nobleza, toda la casa de los Brocos, Lucio Marcio, Cayo Cesecio, a Cornificio, a todos estos caballeros romanos vestidos de luto que no te son conocidos sino los amigos fieles que te acompañaron. Cómo nos enojábamos con ellos y los puyábamos y a algunos hasta los amenazaban. Conserva para los tuyos a los suyos para que se vea la verdad de esa frase tuya. Si pudieras observar bien la concordia de los Ligarios, concluirías que todos los hermanos estuvieron contigo. ¿O podría alguien dudar que si Quinto Ligario hubiera estado en Italia, hubiera seguido la corriente de los hermanos? ¿Hay quien desconozca que en esta casi igualdad fraterna, el consentimiento huele a conspiración y casi a telepatía? ¿Quién no advierte que puede suceder cualquier cosa menos que estos sigan diversos pareceres o caminos? En su intimidad todos estuvieron a tu lado, el huracán arrancó uno; si lo hubiera hecho adrede, estaría en las condiciones de los que tú quisiste dejar incólumes. Pero, ¡bueno! Que se haya ido a la guerra, que se haya apartado de ti y de sus hermanos. Ellos, que son tuyos, te lo piden.

Como siempre me he interesado por lo tuyo, tengo en la memoria lo que Ticio Ligario, recaudador de la ciudad, hizo por ti y por tu bien; pero es superfluo que yo lo recuerde, tanto más a ti que sólo olvidas las ofensas por tu naturaleza y gran corazón. Al pensar en el desempeño de este recaudador harás memoria de algunos otros. Pues bien, ese Ticio Ligario que sólo obraba para que vieras en él un hombre correcto y preocupado por lo tuyo (no podía adivinar esto) es el suplicante que te pide la salud del hermano. Advertido del desempeño de éste y cediéndoles a estos dos, habreis regalado la salud a tres hermanos óptimos e integérrimos pero no sólo para bien de ellos ni para el de tantos varones y de tal calidad, ni para el de nosotros sus amigos sino para el bien de toda la República. Por tanto, lo que hiciste en la Curia con Marcelo, hombre muy noble y preclaro, hazlo ahora en el foro con estos óptimos hermanos bien apreciados por toda esta multitud. Como se lo otorgaste a él al Senado, otorga a éste al pueblo cuyo querer ha sido para ti de tanto aprecio.

Si ese día fue tan glorioso para ti y tan grato para Roma, César, te lo pido, no dudes procurarte esa gloria cada vez que lo puedas. Nada te simpatiza tanto al pueblo como la generosidad. Entre tus muchísimas virtudes ninguna es tan grata y admirable como tu misericordia. Nada asemeja tanto los hombres a los dioses como dar bienestar. Tu buena suerte no tiene para darte nada más grande que poder salvar el mayor número posible; tú naturaleza no tiene nada mejor que quererlo.

Quizá la causa pida que se prolongue el discurso; tu modo de ser que se acorte. Por eso ya termino; porque juzgo más útil que en mi lugar o en el de otro cualquiera, hables tú. Sólo quiero decirte que si salvas a ese ausente, nos salvarás a todos los aquí presentes.